

cias francesas en la novela, y el triunfo del rubenismo en la poesía. Ya desde aquella época las creaciones del autor de «Cristián y Yo» fueron, en las letras nacionales, un fermento de renovación, de nuevos horizontes. Hoy, el autor, en su plenitud nos entrega algunas páginas sentidas y pensadas en la adolescencia con la esperanza de una posible resurrección en el alma de otros adolescentes. «Tal viene a ser la magia del arte, cuya juventud es perenne».—VICENTE MENGOD.



CHARLA ENTRE UN ESCRITOR Y UN PRE-ESCRITOR

—Ahora que ya he terminado de leer a los más notables novelistas clásicos y modernos, y ahora que estoy de vacaciones quiero aprovechar mi innata facilidad de redacción para escribir una novela; pero ¿sabe? me falta el tema. ¿Podría usted sugerírmelo?

—Su caso, joven, se parece al de aquel buen burgués que ha comprado un automóvil y, con el motor en marcha, no encuentra dónde ir a pasear. Usted, con su cultura y su tiempo libre, dispone aún de menos de la mitad de los materiales que se necesitan para hacer una buena novela. Usted busca un tema, usted quiere ir de paseo «hacia afuera», en circunstancias de que el asunto, el paisaje temático, está siempre «adentro» del escritor mismo. Es claro que hay escritores—no los mejores—que necesitan del incendio de una ciudad o de una masacre para poder escribir una novela. Mas, los buenos escritores llevan el tema dentro de ellos mismos; y del exterior apenas si utilizan un mínimo de materiales. Por ejemplo «El Adolescente» de Dostoyewsky y «Soledad» de Maupassant, carecen casi en absoluto de materiales objetivos; pero léalos usted y cuánta vida encontrará en ellos. Y es porque las mejores obras literarias comúnmente no tienen argumento.

—Pero entonces ¿mi facilidad para escribir nada vale?

—Es relativo. Usted es un estilista, un hombre euclidiano, ve las cosas ordenadamente y en su exacta perspectiva. Estas cualidades tuyas, tan felices en los negocios, para la literatura resultan un verdadero peligro, pues con ella es fácil llegar a tal perfección arquitectónica, que su «obra de arte» se parezca a esos lindos chiches de joyería, hechos a máquina, en producción seriada, que son preciosos, pero... fríos y carentes de alma. La vida, joven amigo, es un hermoso ramillete de arbitrariedades y el artista, para captarla fielmente, debe abocarla con gran tino y devoción, como un sigiloso cazador.

—Pero yo soy observador. Usted mismo muchas veces se ha admirado de mi capacidad de observación.

—Sí, es cierto; pero su observación es de tipo fotográfico: usted entra a una pieza y se fija en todos los detalles, el color del papel, la distribución de los muebles, el significado de los cuadros, y en seguida retiene todo eso con prodigiosa fidelidad en su memoria. Es una hazaña... detectivesca: pero temo que no le sirva mucho para la literatura.

—¿Por qué?

—Porque la «observación artística» es de otro tipo. Es psicológica. Usted debe entrar a la misma pieza, «sentir» su ambiente y, en seguida, al describirla, reparar nada más que en una cosa, un detalle que transporta el lector a esa pieza y le permite ver y sentir todo lo demás que usted «artísticamente» omitió. Es sólo un detalle—a veces se señala con una palabra— pero es un detalle matriz, decisivo, elocuentísimo.

—Usted me está negando demasiado; permítame recordarle que soy marxista.

—¡Hum! he ahí lo peor. Es decir, sería lo mejor si usted conociera bien el marxismo, en sus fuentes originales; pero desgraciadamente sé que «su» marxismo es de segunda mano, recolectado de frases sueltas de la prensa, de los discursos o cuando más, de folletos esquemáticos. El marxismo para ustedes

la mayoría de los intelectuales de hoy, es una «insignia» una «pose bien». Lo noto en que están ya tan «dirigidos» por la política, o más exactamente «por el bello deseo humanista» que sus novelas, invariablemente, deifican al hombre con toda clase de virtudes... artificiosas. Por eso sus personajes carecen de veracidad. Ignoran ustedes que los escritores más revolucionarios coadyuvaron a la revolución a pesar suyo. Balzac, por ejemplo, legitimista y conservador, «secretario de la sociedad francesa» a quien Carlos Marx admiraba sobremanera por su realismo implacable, ajeno a toda consigna política o ideológica. Estoy seguro, joven amigo, que si usted aprovecha su marxismo en una novela, será «una novela épica» del pueblo... Y el pueblo, mi amigo, es otra cosa... No olvide usted que, dado que el arte no tienen moral, los más grandes personajes literarios casi siempre fueron seres negativos: Mefistófeles, Tartufo, Foma Fomitch, Vautrin, Raskolnicff...

—Pero entonces ¿tantas dificultades hay que vencer para escribir una novela?

—En mis sesenta años no conozco nada más difícil que poder escribir una buena novela. Las palabras tienen vida propia y en su conjunto forman cientos de gamas de colorido y elocuencia diferentes, y el escritor debe saber encontrar la gama exacta; que es una sola.

—Vistas así las cosas, creo que es mejor que venda mi máquina de escribir y aproveche mis vacaciones en la playa, en vez de dedicarme a escribir una novela.

—No. Escríbala usted. Usted, por encima de mis objeciones, posee más cualidades literarias que muchos prolíficos escritores que se han autoconsagrado con toda suerte de bombos y leyendas. Le ruego que no se desanime usted.

—Lo voy a pensar esta noche, junto a la almohada. —EDMUNDO CONCHA.